

En la situación presente, el mayor peligro que yo percibo es que Alemania pueda asociar su destino al bolchevismo [...]. Este peligro actualmente no tiene nada de quimérico. El actual gobierno alemán es débil, no tiene prestigio y su autoridad es contestada; si aún se mantiene es simplemente porque no hay otra alternativa que los espartaquistas y porque Alemania no está aún madura para el espartaquismo [...].

Si somos prudentes, ofreceremos a Alemania una paz que, además de ser justa, será para toda persona sensata una alternativa preferible al bolchevismo. Yo quisiera pues, colocar en el frontispicio de la paz la idea siguiente: desde el momento en que Alemania acepte nuestras condiciones, especialmente la de las reparaciones, nosotros le abriremos el acceso a las materias primas y a los mercados de todo el mundo en plano de igualdad con nosotros y haremos todo lo que esté en nuestra mano para que el pueblo alemán pueda ser capaz de ponerse de nuevo en pie. Lo que no podemos hacer es destruirlo y esperar encima que nos pague. A fin de cuentas, hemos de proponer unas condiciones tales que un gobierno alemán, consciente de sus responsabilidades, pueda considerarse capaz de ejecutarlas. Si nosotros presentamos a Alemania unas condiciones injustas o excesivamente onerosas, ningún gobierno consciente de sus responsabilidades querrá firmarlas [...].

Por consiguiente, mírese por donde se mire, me parece que hemos de esforzarnos por establecer el reglamento de la paz como si nosotros fuéramos unos árbitros imparciales, olvidados de las pasiones de la guerra. Este reglamento deberá tener tres objetivos: ante todo debe hacer justicia a los Aliados teniendo en cuenta la responsabilidad de Alemania en los orígenes de la guerra y en los métodos bélicos que ha empleado; a continuación, ha de ser tal que un gobierno alemán consciente de sus responsabilidades pueda firmarla estimando que podrá cumplir las obligaciones que suscribe; finalmente, este reglamento no deberá encerrar clausula alguna que pueda provocar nuevas guerras y deberá ofrecer una alternativa al bolchevismo, presentándose ante la opinión de las personas razonables como una solución equitativa al problema europeo.

Creo finalmente que, hasta que la autoridad y eficacia de la Sociedad de Naciones hayan sido demostradas, el imperio británico y los Estados Unidos deberían dar a Francia una garantía contra la posibilidad de una nueva agresión alemana.

LLOYD GEORGE, *Memorándum*, 25 de marzo de 1919